

1-EL RETROVISOR

Primera parte

La madrugada que entré por primera en *Quirófano* sentí un deseo imperioso –e impetuoso–: quería vivir de mi pasión, el *heavy metal*.

“¿Qué coño tengo que hacer para vivir del *heavy-rock*?”, me pregunté.

No sabía nada de técnica musical, y a día de hoy, todavía no sé leer una partitura... ¿Y qué importa? Hay muchos músicos que tampoco lo hacen.

¿No es legítima la aspiración a vivir de lo que a uno más le gusta? La dificultad estribaba en averiguar cuál sería mi rol en el mundo de la música. No tenía ni idea de ello, pero estaba dispuesto a intentarlo.

Corrían tiempos duros para mi familia, porque mi padre había sufrido un accidente de tráfico que lo dejó postrado en cama casi dos años, mi madre tenía que cuidar de él y de mi hermano pequeño, y para aligerarla de trabajo, una vez llegadas las vacaciones estivales me facturaban con los parientes. Pasé los veranos de mi infancia con mis abuelos y mis tíos, entre Gandesa y Tortosa. Allí contaba con algún antecedente familiar: mi abuelo paterno había sido músico de banda, lo recuerdo dirigiendo con su varita imaginaria las zarzuelas que ofrecía Televisión Española por el viejo UHF. Además, en mi adolescencia tuve la gran suerte de pasar por las tiendas que tuvo mi padrino, Josep Maria Altadill, todas con el mismo nombre: *Altadill, la Boutique del Disc*.

Eran los primeros años setenta, el tiempo de los “come discos” y de los primeros sencillos de vinilo con cuatro canciones. Más tarde aparecieron los LP (Larga Duración) de bandas internacionales como *Jethro Thull*, *Deep Purple* o *Led Zeppelin*. Fue así como la tradicional oferta española de cintas –las populares “cassettes”– de Antonio Machín, *Los Panchos*, Antonio Molina o Franck Pourcel se vieron acompañadas por un ejército de discos de rock procedente del extranjero.

Había un protocolo que mi padrino nunca alteraba, y era el siguiente: una vez abierta la caja de los discos, se enfundaba unos imaginarios guantes de seda y con suma delicadeza los sacaba de las fundas uno a uno, para llevarlos con todo cuidado al plato de pruebas, donde serían surcados por una aguja de punta de diamante. Todos los vinilos sin excepción pasaban por esta prueba, pues no se podía ofrecer a los clientes un producto tan valioso sin haber pasado el cuidadoso control de calidad. A fin de no agobiarse escuchando siempre la misma música, iba alternando los LP comprobados, y de esta manera no acababa aburriéndose. Aun y así, el efecto que producía oír tantas veces un disco era similar al de las oraciones de la misa, que de tanto repetirlas por fuerza acabas aprendiéndolas de memoria.

¿Cuántas veces escuché a *Pink Floyd*, *Slade*, James Last...? O a *La Trinca* y Verdi, porque allí sonaba todo tipo de música. Infinitas ocasiones, tantas que mi cerebro desarrolló una suerte de discoteca mental donde guardaba docenas de registros. Mi particular *disco duro* –no podíamos imaginarnos entonces qué iba a significar esa expresión, ni cómo cambiaría nuestro mundo– desarrolló una especie de reto, que consistía en averiguar las canciones a partir de sus primeros acordes. Con el paso de los años, la verdad es que ese juego me resultó muy útil.

Dicen que hay uno o dos instantes en nuestras vidas en que disfrutamos de un momento de lucidez especial y a ciencia cierta comprendemos cómo deseamos encauzar nuestro futuro. Pues bien, esa noche, al salir del *Quirófano*, tuve la certeza de que con firme voluntad podría llegar a vivir del *heavy metal*.

Quedaban atrás las noches de los viernes con los colegas y amigos en la *bodegueta* del primo del Sebas, orgías musicales a base de *LedZepp*, *Purple* y otras bandas históricas, y regadas con todo tipo de caldos (de cebada, de uva... de lo que fuera), aromatizadas por los diferentes aromas que emanaban de los *costos* culeros o de esa tía *María* que venía directamente del primo del pueblo. Pero seguía la procesión por los garitos del viejo *chino* barcelonés, las tardes en el *Piaf* o las madrugadas del *Relics*, *Les Enfants Terribles*, el *London* o el *Tarkus*...

La *movida* de aquella Barcelona de finales de los años 70 y la década posterior fue totalmente novedosa. Salíamos de un agujero negro llamado dictadura; durante cuarenta

años se había vivido en la más absoluta penumbra cultural, casi cuatro decenios de radio con el *Ángelus*, las misas, los tediosos seriales y aquellos consultorios represivos y apestosos con voz de mujer y soniquete de sermón dirigidos por la Santa Madre Iglesia; un tiempo donde la música apenas podía remontar más allá de la copla y el flamenco, o de la llamada “canción ligera” de cantantes como Raphael... ¡Qué horror! Y para más INRI, la tele era en blanco y negro, con apenas dos canales y una orientación tan casposa como la de su hermana la radio.

Hubo por suerte valientes pioneros del rock como *Los Salvajes*, *Los Pekenikes*, *Lone Star*, *Los Sírex*, etc. Ellos nos insuflaron de avidez musical. No hubo tregua: locales como *Zelete*, *Karma*, *Magic* o *Sidecar* nacieron como escaparate de la rica movida musical barcelonés. Una expresión rockera que amplió sus escenarios con el *Palau dels Esports*, el *Picadero 2* o el Palacio de los Deportes de Badalona. Todos ellos sirvieron de plataforma para grandes bandas que nunca habíamos visto actuar, pero de las que ya nos sabíamos sus canciones.

Acudir a un concierto de esa magnitud requería una preparación especial, dos o tres meses antes ya estabas mentalizado para ese día; había que pillar la entrada lo más rápido posible, ¡¡¡qué emoción ver por fin a ese grupo que tanto deseabas!!! Pero también es cierto que, algunas veces, empezábamos la fiesta tan temprano que a la hora del concierto más de uno llegaba con un pedo de la hostia, y después no se enteraba de nada.

Cuando ya habías accedido al pabellón topabas con el primer obstáculo: la ubicación del escenario. ¿Dónde coño estará?, nos preguntábamos, porque la cantidad de humo que inundaba el espacio interior hacía difícil su localización. Ríete de la niebla de la plana de Vic o del Londres de las películas de Sherlock Holmes.

Eso sí, la peña iba entregada desde un principio, la estrella de la noche difícilmente era criticada y el telonero ejercía poco menos que de bufón de la velada, generalmente solía pasar por un calvario semejante al circo romano. Más de una vez vi a grandes bandas sufrir todo tipo de lluvia, y no precisamente meteorológica, pero la más escandalosa fue sufrida por el grupo francés *Starshoter*, que tocaba como telonero de *Obús* en el *Picadero 2* de Barcelona. Les cayó hasta una tapa de WC entera, con todo su aplique.

Nunca entendí estas conductas. ¡Con lo que costaba que hubiera conciertos! Esas situaciones no contribuían a promocionarlos.

De toda esa etapa y antes de ir a servir a la que me habían dicho que era mi patria, recuerdo especialmente tres conciertos. El primero fue de *Motorhead*, se presentaban en Barcelona por primera vez. Imaginad: con música ambiental de AC/DC a toda tralla, de pronto se apagan las luces y empieza a rugir el motor de una avioneta que atraviesa el humo del escenario, todo ello acompañado por el sonido brutal de Lemmy y compañía... ¡¡¡Algo bestial!!! También retengo en mi memoria esa imagen salvaje de Ted Nugent en el Pabellón del *Joventut* de Badalona, sobre todo por su potente versión de *Land of a thousand dances*. Otro gran día fue cuando descubrí en la plaza de toros Monumental de Barcelona a los *Def Leppard*, que venían de teloneros de un cartel de lujo: *Scorpions* y *Rainbow*.

En aquella ocasión salieron los *Leppard* con una fuerza arrolladora, cuando todavía había luz solar. Después lo hizo *Rainbow*, con un Blackmore brutal (era la época en que estaba de moda destrozar guitarras). Fantástico. Y para terminar, los UFO... (¿UFO? Sí, fueron sin duda los mejores de la velada. ¿Y los *Scorpions*? Sencillamente, no se presentaron.) Solo añadiré una cosa: al día siguiente fui corriendo a comprar el disco de los *Leppard*.

La madre patria –más madrastra que otra cosa– me llamó a filas, y no para evitar defraudarla sino por librarme de líos cogí mi petate y fui a defenderla –es un decir– con los dos cojones que me pedía. El siempre eficiente Ejército español nos metió a los reclutas de ese remplazo en trenes más lentos que los del Lejano Oeste americano del siglo XIX. Con que el viaje hubiese durado un poquito más, hubiéramos llegado a destino ya licenciados. Por desgracia no fue así.

En el momento de la partida, cuando ya había subido al tren y mis amigos quedaban en el andén, me abrí hueco entre otros cuerpos de reclutas, saqué la cabeza por la ventana del vagón y empecé a cantar la célebre letra de *Barón Rojo*:

–“¡¡¡Resistiré!!!, ¡¡¡Resistiré hasta el fin!!!”

Una ocurrencia que provocó el entusiasmo de quienes me despedían, pues sumaron sus voces a la mía. Y mientras el tren arrancaba, intensificábamos nuestro canto hasta que perdimos el contacto visual y el andén se fue alejando en la distancia.

Al cabo de unas diez horas de viaje llegamos a Vitoria-Gasteiz, puesto que la suerte me había destinado al Centro de Instrucción de Reclutas de Araka, en las afueras de la ciudad. En la estación nos esperaba el comité de bienvenida, la policía militar, unos chicos muy majos, altos y fornidos con un orinal blanco sobre la cabeza, quienes con mucha simpatía nos trasladaron en autocares último modelo, pero de diseño *retro*, hacia un agradable centro residencial denominado cuartel. Nuestra sorpresa fue mayúscula ante el aperitivo que nos tenían preparado unos señores adornados con galones y estrellas, a quienes a partir de ese día debimos el (in)merecido respeto que todo subordinado debe a sus superiores. Fue muy divertido, hasta hubo música con una orquesta un tanto rara pero que tocaba temas que te cagabas de buenos, entre ellos el *Wish You Were Here* de Pink Floyd. En fin, qué suerte haber servido a mi país.

Vitoria-Gasteiz era un polvorín musical donde se entremezclaban el *punk* y el *rock*. En sus numerosos bares y garitos atronaban *La Polla Records*, *Barricada*, *Kortatu*, *RIP*, *Cicatriz en la Matriz*... Abundaban los conciertos y, sobre todo, unos *movidones* del copón, ETA en la calle hacía trabajos de limpieza contra las estrellas, los galones, los uniformes con tricornio y, más de una vez, también contra civiles. Por otro lado, los controles policiales a punta de ametralladora y las detenciones, palizas y torturas eran de primera división, más habituales aún que los conciertos. ¡Ríete tu de la *kale borroka*!

Conseguí el pase de pernocta y decidí que durante mi período al servicio de la patria no volvería a Barcelona, a no ser que juntara bastantes días de permiso. Los fines de semana me gustaba quedarme en la ciudad, el ambiente me molaba. Dormí en pisos que a día de hoy no sabría ni colocarlos en el mapa. En una ocasión conocí al batería de *Barricada* Mikel Astrain, que poco después falleció por culpa de un tumor cerebral; fue en un concierto en el pabellón de Mendizorrotza, me lo presentó un chaval navarro que también lo estaba dando todo por España, eran colegas. De ese concierto recuerdo que tocaban varios grupos, unos de ellos eran los RIP, y que el cantante bajó a la segunda

canción para currarse con el personal y ya no volvió al escenario. (¿Y qué pasó luego? Pues que siguieron tocando como buenos *punkis* borrachos.) Por esa época también descubrí el TMEO y al insolente Álvarez Rabo, para mí el mejor autor de cómics del país.

Gracias a la *mili* conocí a tres personas que en la actualidad siguen siendo amigos: son Asier Gomez, Amaia Landa y Xavier Alzuria.

Asier y Amaia eran pareja por aquel entonces. Los dos son de Éibar. Asier era compañero de *mili*. El primer fin de semana libre me piré con él a Donostia, fueron dos días inolvidables, de los que más me han marcado en la vida. Amaia compartía vivienda con otras estudiantes en la calle de San Martín, número 51; aquel piso era tan desastroso como el Hotel Fawltly.

Recuerdo que hicieron una tortilla paisana para merendar y después de zampárnosla nos fuimos a tomar *cacharros* a la Parte Vieja, donde sufrí una de las novatadas más humillantes; los culpables fueron los miembros de la cuadrilla de Amaia y Asier. Yo no tenía ni idea de qué iba el rollo del *txikiteo*, tal que acabando una ronda de *zuritos* y vinos se me ocurrió pedir otra, momento en que todos me reprendieron, advirtiéndome en guasa de que eso no se podía hacer.

—¿Cómo que no se puede hacer? —protesté—. En Cataluña, la *peña* se pone hasta arriba en un solo garito y no hace falta ir a otro.

—Eso será allí, pero aquí está prohibido —me aseguró Asier con una seriedad muy teatral—. Menos mal que han visto que no eras de aquí, y que vas con nosotros, que si no igual te echan a patadas.

Y la verdad es que me convenció, para sorna de todos los presentes.

Aquella noche nevó en Donostia. La playa de la Concha se cubrió de blanco y hasta para mis amigos donostiarras fue una circunstancia poco habitual. A pesar del frío, la noche acabó convirtiéndose en una gran madrugada de juerga, música y amistad.

Al día siguiente me dejaron muy claro lo burro que había sido tragándome la patraña de los *txikitos*... ¡La madre que los parió!

Pasó el fin de semana, Asier y yo volvimos al campamento de Araka, y al fin de semana siguiente me apunté de nuevo a la *movida* de ir a Donostia. Fue diferente del anterior pero igualmente memorable, porque Amaia había comprado entradas para ir a ver a los *Judas Priest* en el velódromo de Anoeta. Increíble Mr. Halford y compañía, sin palabras.

Con Asier y Xavi solo compartí barracón durante los cuarenta días del período de instrucción, y con Amaia apenas dos fines de semana, pero fueron suficientes. Más tarde viví con Xavi mil aventuras en Barcelona y todavía estamos en contacto. En cuanto a Asier, recibí una llamada suya cuando llevábamos siete u ocho años sin vernos:

–Ricard, mi pareja y yo estamos currando en correos y tenemos la opción de ir a Madrid o a Barcelona, te llamo para preguntarte si es verdad lo de que en Cataluña obligan a hablar en catalán.

–Sí –le contesté–. Es más, si no lo hablas en el plazo de un mes, te echan fuera sin contemplaciones.

Quería devolverle la novatada que me gastó en la Parte Vieja, pero no coló:

–¡Vete a tomar por culo! –respondió Asier–. Vendremos para seis meses y ya nos echaras un cable por allí.

Hace 22 años que viven en Barcelona y somos vecinos, no hace falta decir más.

Amaia sigue siendo una amiga de las que ves de vez en cuando, pero la confianza que nos demostramos en cada encuentro es igual a la que nos tendríamos si estuviéramos viéndonos constantemente.

En febrero de 1984, ¡una vez cumplidos mis deberes militares para con Ssssspaña!, le comenté a mi capitán que no tendría inconveniente en reengancharme si me pagaban

por el puesto que estaba desempeñando en el cuartel (era el oficinista-furriel de la 21ª compañía del Centro de Instrucción de Reclutas de Araka), pero el oficial no estuvo por la labor y prefirió renovar mi vacante con otro pobre desgraciado que también lo hiciera gratis.

Volví a casa con un panorama laboral muy chungo, puesto que en mi anterior trabajo no me recolocaron, a pesar de lo prometido: era una librería MYRVI. Estaba en la calle Sicilia, en el barrio de la Sagrada Familia de Barcelona, y en el local anexo había una especie de tapadera legal del marido ya fallecido de la dueña de la susodicha librería, desde donde vendíamos por correo productos tan variopintos como cassettes de hipnoterapia (que al reproducirlos teóricamente te relajaban a través de sus ondas... ¡para partirse el culo!), alargadores de pene, cremas vaginales y revistas porno de muy mala calidad, como todo lo que ofertábamos en revistas de género erótico de la época, con los anuncios que te vendían soluciones falsas escribiendo a un apartado de correos.

Así que, a la vuelta, me encontré sin *curro*. Fueron meses duros. Tengo mucho que agradecer a mis padres, pues siempre me apoyaron aun siendo gandul y mal estudiante. Les vendí que quería vivir de la música sin ser músico, no lo entendían, pero allí estuvieron. Incluso antes de empezar mi aventura en solitario, me junté con tres amigos –Joan, Sebas y Francesc– e intentamos abrir un bar musical en la calle Independencia, cerca de la fábrica de cervezas DAMM, pero al final desistimos de nuestro proyecto, pues no hubo la suficiente valentía ante algunas adversidades.

2-EL BOOGIE

La historia que propiamente inspira estas páginas empezó en el *Boogie*, un antro de mala muerte situado en la calle del Vidre nº 7, un callejón flanqueado por la Plaça Reial y la calle Escudellers, en uno de los lugares más degradados de la Barcelona de mediados de los años ochenta. Un garito frecuentado por muchos borrachos, unos cuantos hijos de puta, algunos *camellos* amables que te confiaban su *pipa* para que la escondieras en la nevera cuando había redada, y *heavies* y *punkis* perdidos en la noche de la ciudad.

También disfrutábamos de las frecuentes visitas de la *pasma*, que cacheaba allí mismo a la gente y por nada te arreaba una hostia. En esos tiempos, en el habla policial eran moneda corriente frases como estas:

—¿Tú, me estás vacilando o qué?

—¡¡¡Venga, la *papela*!!!

—¿Tú sabes con quién estás hablando, desgraciado?

—¡Venga, p'alante! ¡Pa'comisaría!

¿Cómo llegué a currar en el *Boogie*? Empecé siendo cliente, pero una tarde ayudé al dueño a colocar unas cajas y, de paso, le dije que si quería le ponía música a cambio de unas *birras*. Él me dijo que prefería pagarme algo si le hacía suplencias, lo cual acepté encantado, si bien con una condición: yo pinchaba la música. Le argumenté que si seguíamos mi estilo musical sería mucho más fácil cambiar paulatinamente de clientela. Aceptó el trato aunque en el fondo le importaba poco el tipo de cliente que acudiera al bar, solo le preocupaba hacer buena caja y tener más horas de descanso.

Mientras que el personal se zumbaba las *Voll Damm* y las *Estrellas* a buen ritmo, muchas de las *ratas* que deambulaban por la zona entraban a fumarse un petardo detrás de otro y pasaban el rato, pero, ¡eso sí!, escuchando *heavy rock*.

De vez en cuando me ayudaba en el *curro* un hijo de puta (literalmente, eso era, dicho sea con todos los respetos) que se hacía llamar Conan. Su verdadero nombre era Fran Bouza. Buena persona, la verdad, a pesar de su aspecto de hombre duro; sabía moverse con soltura y credibilidad entre sus allegados, ese es Fran Bouza. La vida no ha sido fácil para él, compartimos el mismo dolor por haber perdido a nuestros respectivos hermanos por culpa de la maldita heroína.

Los viernes y sábados después de cerrar, mi buen amigo Xavier Alzuria y yo atravesábamos la Plaça Reial y saludábamos con una ostentosa *peineta* a la *peña* que merodeaba por el *Sidecar*. Después subíamos por las Ramblas hasta la Plaça de

Catalunya, desde allí girábamos por Pelai hasta llegar a Balmes, y caminábamos juntos un rato más hasta llegar a la confluencia con la calle València. Allí, apostados a ambos flancos de la calle, estaban el *Café de las Arts* (en la acera del lado mar) y el *Quirófano* (en la acera del lado montaña).

3- EL QUIRÓFANO

La primera vez que entré en el *Quirófano* tuve una inefable sensación de confort, ¡como si estuviera en mi propia casa! Allí no te sentías rodeado de la *purria* que se arrastraba por el *Chino* o la Plaça Reial. En el *Quirófano* se palpaba que la mayoría era más lista que la bibliotecaria de Bukowski, esa vieja y mala puta que no tenía ni idea de quiénes eran Aldous Huxley, D. H. Lawrence, Nietzsche o Schopenhauer... ¡¡¡Joder, qué vergüenza!!! La gente iba puesta hasta el culo, pero por lo menos era culta... ¿O no?

Ciertamente, el *tempo* allá era diferente. Introducirme en ese mundo me resultaba fascinante, tenía muchas ganas de conocer, participar... Yo qué sé, lo que fuera.

La primera vez que fui a pedirle un tema al dj, la historia aconteció así:

–Buenas, ¿me pondrías algún tema de los *Judas*? –le pregunté.

–Sí, dentro de unos temillas te lo pongo. ¿Qué tema?

–*Breaking the Law*.

–¡Joder, esa la he puesto hace media hora...! Y ahora no voy a meter más caña, ya que en media hora cerramos.

–Lástima –me lamenté–. Acabo de llegar... Bueno, no pasa nada, gracias de todas formas.

Quizá mis buenas maneras lo conmovieron, el caso es que me contestó:

–Otro día, si vienes un poco antes te lo pongo.

Y yo me expliqué:

–No puedo, *curro* en un garito que hay junto a la Plaça Reial y solo me escapo después de cerrar.

Entonces se encogió de hombros y puso cara de “qué le vamos a hacer”... Aproveché para añadir:

–Sí, es lo que hay. Por cierto, en el garito donde *curro* también ponemos *heavy rock*.

Los ojos se le iluminaron, había despertado su interés:

–¡Coño! ¿Y qué bar es ese? ¿Cómo se llama?–me preguntó con curiosidad.

–Se llama *Boogie*, pero ojo, está junto a Escudellers y antes era propiamente un bar de macarras y borrachos. Ahora intentamos darle un giro hacia el *heavy* y el rock.

–No, no lo conozco –aseguró.

–Normal. Ya te digo, solo lo conocen los parroquianos del barrio.

Parece que la charla le agradó, porque me propuso una buena compensación a mi fallida petición:

–Oye, te voy a poner un tema de los *Whitesnake*. ¿OK?

–OK, gracias -le contesté. Y al punto acabó nuestra charla.

¿Fue aquella una noche como las otras? Sí, pero hay un antes y después de esa madrugada. ¿La diferencia? Ninguno de los dos –ni el dj ni yo– sabíamos que con el tiempo trabaríamos una gran amistad. Porque aquel hombre enjuto que ponía discos en *Quirófano* era Pedro Bruque.

Entre semana, después de cerrar el *Boogie*, con frecuencia bajaba por la calle del Vidre hasta Escudellers, y allí giraba a la izquierda, en dirección a la calle Avinyó. A mano derecha estaba el *Tequila*, un antiguo bar de putas que se había transformado en un antro *heavy*. Al dueño del negocio ni siquiera le hizo falta cambiar la decoración y el mobiliario originales; simplemente cambió fulanas por heavies, con lo que el negocio le resultó más barato de mantener y quizá menos problemático. El espacio interior se caracterizaba por la cantidad de moqueta que había por todas partes, sobre todo en las paredes. A tequila os aseguro que no olía, pero apestaba a moho y podredumbre.

Saliendo del *Tequila* y justo antes de llegar a Avinyó, a mano izquierda abría su puerta el *Tarkus*, con el Michel cortando el bacalao. Luego seguía Avinyó abajo, hasta llegar a la confluencia con la calle de Milans; allí, en el nº 7 estaba el mítico *Piaf*, con Rafa y Jesús al frente. Era la meca de la *movida* rockera barcelonesa de aquellos años, allí congregábamos y cultivábamos amistades la mayoría de los chupones, músicos y grupos de la ciudad: *Snuffo*, *La Banda Rítmica de Cristal*, *Zeus*, *Últimos de Cuba*, *Zarko*, *Zora*, *Evo*... Todos pasaban por el *Piaf*.

A veces íbamos también a la discoteca por excelencia, *Les Enfants Terribles*, donde todos nos doctorábamos como maestros virtuales en el arte de tocar la guitarra... Gran dj Joan Pijoan, el mejor. ¡¡¡Qué electricidad había allí dentro...!!! ¡¡¡Buaaaaa!!!

La Barcelona de aquellos años fue sin duda canalla. Algunos imbéciles, pretendidos teóricos de la cultura alternativa, ponían etiquetas de tribu a los movimientos urbanos (las llamadas “tribus urbanas”). Pero lo único en verdad criticable por sus desastrosos efectos fue el consumo de drogas: mientras los intelectuales y burgueses jugaban con drogas de diseño, la plebe se ponía tibia con hachís y marihuana, y en el peor de los casos con el maldito *caballo*.

Con el paso de las semanas, ir a *Quirófano* se convirtió en una especie de ritual para mí. Y lo que os decía, allí las conversaciones no eran banales sino de sumo interés, del tipo:

—¿Qué molan más, los *Judas* o los *Maiden*?

—¡¡Los WASP van de mariconas!!

–¿Las barbas de los ZZTOP son de mentira?

–¿Es verdad que Halford es maricón?

–¡Nen, los *Purple* son la polla!!

Todo ello amenizado con pelotazos varios y chupitos de *Jack Daniels*.

Una madrugada de tantas, mientras el dueño invitaba al personal a desalojar de una puñetera vez el local, porque ya era hora de cerrar, Pedro se acercó para decirme:

–Tú quédate, que luego seguimos la fiesta.

–¡Vale, pues me quedo! –le contesté. Y me quedé allí más quieto como el palo de la bandera, con una extraña sensación en el cuerpo, preguntándome para mis adentros: ”¿Cómo me pongo? ¿Qué hago?”

Quizás éramos 12 o 14 las personas que permanecimos dentro del local. La despedida de los últimos clientes precedió a la bajada definitiva de la persiana metálica. Pedro sacó un *cassette* del bolsillo de su chupa, lo puso en la pletina y pulsó el *play*. Se habían formado dos o tres grupitos de gente, pero yo permanecía en solitario, sentado en un taburete de la barra, pues solo conocía a Pedro.

En un momento dado, Pedro se acercó a mí y me cogió del brazo. Me incorporé para seguirle y de repente, sin yo esperarlo, alzó la voz dirigiéndose al resto de la *peña*, que le escuchó con la atención que se presta a una persona influyente:

–¡A ver, amiguetes! Os quiero presentar a Ricard, que tiene un bar *heavy* en la Plaça Reial.

–Bueno, bueno –se me había puesto la cara colorada como un tomate, por efecto de la sorpresa. El bar no es mío y además es poco recomendable... –pero al instante me

corregí:– Bueno, tampoco quería decir eso exactamente, pero es que hay mucho borracho y demás chusma por esa zona.

Pedro vino a echarme un capote:

–¡Va, hombre! ¡No te excuses tanto, joder! Es muy importante que haya garitos donde suene el *heavy*, que casi no hay.

–Hombre visto así... Vale –le contesté.

Recibí entonces los vítores de los presentes: unos me saludaban alzando la mano, otros levantando el pelotazo que sostenían entre los dedos, como si brindaran por mí... Sí, que os lo habéis creído. La indiferencia hacia mí fue casi total. Hubo uno, sí, que se acercó y me saludó con un apretón de manos... Pero parecía poco atraído por el *heavy*:

–Encantado, soy José Antonio. ¿Sabes jugar al fútbol?

–Sí. Bueno, creo que sí, aunque según el nivel al que te refieras... pues no,

–Sí, claro. Es para un partido de fútbol sala,

Se interpuso Pedro, para decirle a José Antonio:

–¡Pero qué cabrón eres! ¡Ya me lo estás liando! –Y luego, dirigiéndose a mí:–Ricard, pasa del cabronazo este. –Y de nuevo a José Antonio:– ¡Joder, todos los cantantes sois iguales... No tenéis solución.

José Antonio no se privó de replicarle:

–¡¡¡Pero qué mamonazo eres, Pedro!!!

A continuación se giró hacia mí, para explicarme con un tono de suficiencia impostado, que traslucía mucha guasa:

–No le hagas caso, Ricard. El problema de Pedro es que no tiene ni puta idea de jugar al fútbol. Es más, ¿qué puedes esperar de un bajista? Todos son iguales. Vamos, igual de malos que los baterías, tanto que si se caen de la higuera los dos a la vez, caen a destiempo. Imagínate, Ricard, lo prescindibles que son.

Para contraatacar, Pedro se puso a un palmo de la cara de José Antonio, al tiempo que lo enganchaba de un brazo:

–Mira lo que dice el aguanta-bombillas este. ¡¡¡Será mamonazo!!!

La verdad es que yo no entendía de qué iba la trifulca. Pensé que tal vez estaban bromeando, y acto seguido, mientras se hacían carantoñas (de hecho, la discusión era una pura farsa, como entendí entonces), les hice saber la impresión que me habían causado:

–Desde luego, los músicos sois la polla, de verdad de la buena. ¿Qué sería de toda esta *movida* sin vosotros? Sencillamente, no habría *rock and roll*.

Dejaron de hacer el tonto con las manitas y se restaron importancia: tampoco hay para tanto, me dijeron, “esto son mariconadas nuestras”.

–¿Ah, sí? Pues si no hay para tanto –les repliqué–, será que que mi criterio es de cero patatero.

A esas horas, los pedales ya estaban repartidos y los temas de conversación se desarrollaban con cierta dificultad. Aún así, José Antonio insistió en el asunto del partido de fútbol.

–¿Vendrás, Ricard? Tío, ánimo y ven mañana a las doce al pabellón de que hay junto a La Salle Bonanova.

Tanto insistió, que al final transigí:

–Vale, allí estaré, pero te repito igual sufrís una gran decepción... –yo no las tenía todas conmigo.

Ya lo dice el poema: juventud, divino tesoro. Cuando tienes 22 años, a las seis de la mañana puedes estar potando en una esquina y dos horas después jugar un partido de fútbol que ríete tú de Maradona, la gran estrella de aquella época. Y así fue. Lo que no me esperaba era el tipo de gente con la que iba a jugar. Pensé que sería un partido entre *heavies*, pero no fue así: aparte de José Antonio, los demás eran gente joven pero de aspecto *normal*, y también mayores con hijos.

Me alineé con el equipo de José Antonio, quien me presentó al resto de jugadores. Uno de ellos se llamaba Joan, y si lo recuerdo es porque al finalizar el encuentro lo acerqué a casa con mi coche de mi padre. Fue en ese trayecto cuando averigüé con quien coño había estado dando patadas al balón: no tenía ni idea de que estaba acompañado por José Antonio Manzano y Joan Singla.

Hablamos de fútbol todo el rato y, aunque suene raro, no le di ninguna importancia a que fueran quienes eran, ni aproveché la coyuntura para hacer propaganda del *Boogie*. Me propusieron participar en futuros lances futbolísticos y acepté encantado.

Conocer a Pedro y hacernos amigos fue todo uno. Gracias a él entablé relación con sus amigos, y poco a poco descubrí el fabuloso mundo de los músicos de *rock*. Antes que nada, Pedro era una gran persona, y ejercía de enlace perfecto entre el músico y el fan. Todavía me estremece la respuesta de sus amigos en el último homenaje a su memoria, celebrado 18 años después de su prematura muerte. Lo que empezó con dolores de cabeza y fatiga persistente se desveló como su primer puto tumor cerebral. Estaba tan chungo que tenían un *bolo* en Murcia con Tigres y, para no molestar al grupo, le pidió a Aurora, su pareja, que le acompañara, porque no tenía fuerzas ni para cargar con el bajo. A su regreso, los médicos calcularon que solo tenía un veinte por ciento de posibilidad de curación, y aún así condicionada a que la operación que necesitaba fuera un éxito, y a que la posterior radioterapia actuara eficazmente. Fue muy, muy duro, pero Pedro tiró para adelante con mucho valor.

Una de tantas noches apareció por *Quirófano* un personaje llamado Willy, un argentino de unos 170 cm, fibrado, con mirada astuta y penetrante. Sus ojos te escaneaban constantemente de la cabeza a los pies. Se dirigió a la cabina del dj, donde estaba Pedro escogiendo temas entre *pelotazos* y ducados.

–¿Pedro? ¿Sos vos? –le preguntó Willy.

–Sí, soy yo –contestó Pedro.

–Quisiera hablar contigo en privado. ¿Puede ser?

–Sí, un momento. Pongo un tema largo y hablamos.

Hecho lo cual, Pedro salió de su guarida y se sentó aparte con Willy, quien le advirtió:

–Antes que nada, Pedro, si no te importa preferiría que quedáramos fuera de aquí y en otro momento. Quiero proponerte algo y no es ético hacerlo aquí.

Pedro pareció contrariarse un poco. Estaba intrigado.

–Pero, ¿de qué se trata? No podemos quedar sin más, no te conozco de nada y entenderás que por lo menos quiero saber de qué va esto.

–Claro que te entiendo, Pedro –le tranquilizó Willy, y tras una pausa dubitativa, le anunció:– Va de un proyecto que quiero proponerte. ¿Podemos quedar mañana a las cuatro?

–Hombre, dime algo más... –insistió Pedro–. No tengas miedo, aquí no nos oye nadie.

–Es que, como te digo, no me parece muy ético hablar de ello aquí dentro. Va, dime una hora y un lugar donde podamos quedar mañana mismo y te lo cuento todo.

Por fin, Pedro dio su brazo a torcer:

–Vale, quedamos en el *Zurich*, mañana a las cuatro.

Y siguieron hablando de tópicos y chorradas.

Al día siguiente acudieron a la cita prevista y tardaron muy poco en cerrar un acuerdo. Sobre las cinco de la tarde, Pedro me llamó:

–Ricard, quiero hablar contigo esta misma tarde.

Quedamos en el bar de enfrente del local donde ensayaba. Cuando llegué, él ya estaba allí tomándose su té y fumándose su ración de *Ducados*.

–¿Qué pasa, Pedro? ¿Estrenáis algún tema?

–¡Qué va! –respondió–. Mañana a las cinco de la tarde he quedado con un tío que se llama Willy. Tiene un bar por el Borne y quiere transformarlo en un pub *heavy*. Quiero que vengas conmigo.

–¿Yo? ¿Para qué?

–¡Joder, porque quiero que me acompañes y de paso me des tu opinión sobre el local!

–¿No será que tienes miedo de que te violen? –le pregunté socarronamente.

–¿A mí? ¡Anda, vete al *peo*! ¡Qué no, mamoncete, que quiero que lo veamos juntos, a ver qué nos parece! Si es como lo he hablado con Willy, yo seré el relaciones públicas y tú serás el *disc-jockey*.

Sin darme cuenta se había acabado para mí la etapa del *Boogie*.

4.-BARNA HEAVY

La ilusión con que afrontamos el reto ocultó las muchas carencias que sufrimos y los grandes esfuerzos asumidos antes de inaugurar el bar-musical. En realidad, Willy sólo tenía el local, un espacio pequeño de unos 80 metros cuadrados situado en una callejuela estrecha del barrio de Santa Catalina, llamada Assaonadors y paralela a la calle Princesa. Dentro no había más que una barra minúscula y unas neveras en la parte de atrás. Tuvimos que pintarlo entero, y decoramos el local con el mobiliario que fabricó con todo cariño el padre de Willy: mesas, taburetes, apliques, anexos... Acompañaba su trabajo manual con lecciones prácticas que los presentes agradecíamos, pues era un hombre sabio y, como buen argentino, brillante en el decir por su elegancia y riqueza. Todo un doctor en palabras, frases, remedios y positividad.

Las previsiones de apertura fueron demorándose de fecha más de lo debido. ¿Qué estaba ocurriendo? Muy sencillo: en el fondo, Willy era un aventurero que jugaba al todo o nada, improvisando siempre sobre la marcha. Así que faltaban permisos, y también la *pasta* necesaria para los primeros gastos, pero Willy era un luchador nato y al final logró su propósito.

Yo me involucré totalmente en los preparativos, dejé el *Boogie* de un día para otro, para sorpresa de mi antiguo jefe. Pedro continuó en *Quirófano* hasta el día antes de la apertura de *Barna Heavy*.

Para entonces, los planes maestros que había ideado Pedro ya habían podido llevarse a cabo. Y, por cierto, no sin dificultades previas.

Durante los dos meses que duró la puesta a punto del negocio, entre Willy y Pedro hubo cierta tensión. Pedro aparecía poco por el local y eso mosqueaba a Willy, así que el ambiente se enrareció un tanto. También es cierto que no se cumplieron todas las condiciones y promesas con que Willy había convencido a Pedro para que participara en el proyecto.

Pero dicen que todo llega en esta vida sabiéndolo esperar, y por fin amaneció el día –o más propiamente, cayó la tarde– en que inauguramos el bar.

En la *Barna Heavy* todo era negro: las paredes, las sillas, los taburetes... El *heavy metal* sonaba por unos buenos JBL, para delicia del personal, y los músicos disponían de un carné de color amarillo con el cual tenían un 10 % de descuento en las consumiciones. Fue la época de comercialización del vídeo y, como bien proclamo el videoclip "*The kill of the radio star*" se hizo el amo y señor de aquellas pantallas grandes y de enorme culo que reproducían una y otra vez las cintas de los *cracks* del *heavy*. Cada semana estrenábamos un nuevo vídeo, por lo general comprado en Andorra; solíamos pasarlo como estreno el martes o miércoles por la noche, lo anunciamos a bombo y platillo y hacíamos carteles como si de un concierto se tratara. Pedro trajo a BH a todos los *heavies* que frecuentaban *Quirófano*, y también a los que no. Triunfamos por todo lo alto. Nos sentíamos felices.

Pedro subió ese peldaño de popularidad que lo colocó en el rol de las relaciones públicas. La etapa de dj y el compromiso diario con un local se había acabado, su sueño seguía siendo triunfar como músico y con su banda, *Tigres*.

Una vez que hubimos abierto, las relaciones entre Pedro y Willy no fueron fáciles, porque sus objetivos diferían. Para Pedro, el BH era una un gran reto, pero siempre dejó claro que solo representaba una etapa más. Willy, como es lógico, pasó los primeros meses al pie del cañón, había que consolidar el local, pero, paralelamente, montó una empresa de servicios que ofrecía seguridad a los organizadores de conciertos. Vamos, que el tío se convirtió en jefe de un batallón de *seguratas*, fornidos todos ellos, físicamente espectaculares, auténticos bigardos fáciles de reconocer por sus espectáculos espontáneos, una especie de bailes raros donde exhibían sus habilidades en el arte del *kick boxing*, pero en chungo; a veces te los quedabas mirando desde cierta distancia y veías lo burros que llegaban a ser... En fin, un submundo más. De vez en cuando, Willy prestaba servicios con su empresa de control en conciertos de *heavy*, y Pedro y yo íbamos con él siempre que podíamos.

Recuerdo especialmente el día en que fuimos a Sant Sadurni d'Anoia para ver y conocer en persona a los *Barón Rojo*. Soy fan de la mejor banda de *heavy rock* español, con eso está todo dicho, Aquello fue fantástico. Vimos el concierto entre el *back-stage* y el público, más tarde nos invitaron a pasar a su camerino y estuvimos con ellos. ¡Fue alucinante, estaba emocionado, no tocaba con los pies en el suelo de tanto flotar! A

Sherpa le comenté la anécdota de la *mili*, de cuando me quedé cantando “Resistiré” mientras el tren salía de la estación de Sants (le hizo gracia, o eso me pareció). También le pregunté si era cierto que el tema "Red Sky", de Schenker, lo habían creado a dúo una larga noche de fiesta y *jam session* en Londres. Me aseguró que era verdad y me explicó como sucedió aquella historia, yo era todo orejas y ojos de plato. Nos hicimos muchas fotos juntos, y lo que no se esperaba Sherpa es que al cabo de un tiempo, cuando volvimos a encontrarnos, le mostré una foto de tamaño XXL de los dos juntos, tomada en aquella ocasión.

La noche de aquel concierto memorable, al llegar a casa me fui directo a la cama, cerré los ojos y repasé la experiencia vivida, mientras que por los auriculares sonaba este tema de los *Barón*:

“Siempre estás allí”
Llegó el final, cesó el clamor
La magia se desvaneció
Tus ojos siguen fijos sobre mí
La fría luz de un pabellón
Sobre un mar de cristales rotos
Y un náufrago se ahoga en un rincón
Y mi hogar, vuelve a ser
En cualquier lugar, cualquier hotel
Dejo atrás la ciudad
Dime tú esta noche a dónde irás
La actuación me hace vibrar
Y el escenario es un volcán
Que brama con sonido atronador
Bañado por sudor y luz
Te busco entre la multitud
Porque yo sé que siempre estás allí
Y mi hogar, vuelve a ser
En cualquier lugar, cualquier hotel
Dejo atrás la ciudad
Dime tú esta noche a dónde irás

Descenderás, al reino de la oscuridad
Sigues buscando una escalera al cielo
Dime si habrá alguien que te espere
O solamente mientras te duermes
Los ojos de tus héroes te miran desde la pared
Volvió el clamor, no habrá final
La magia no se romperá
Todo está bien si tú estás aquí
Si tú estás aquí...
No habrá final, no habrá final.”

"Los ojos de tus héroes te miran desde la pared"... Pero ese día, los héroes no estaban en la pared, sino que habían estado conmigo.

Al revisar las fotos de la etapa de BH, veo que en una de ellas aparecemos Tope, un personaje que era algo así como el ayudante de cámara de Willy (vamos, el bigardo mayor pero muy buen tío, que se encargaba de la seguridad en BH); Laura Arnedo, Amor "Cuki" (la pareja de Willy), Núria Orpi y Jaume Amat (los chicos de Attack TVSabadell), Elena (mi mujer), Pedro y yo. Buenos recuerdos.

El *manager* de Pedro y de *Tigres* era el mítico Gaby Alegret, cantante de *Los Salvajes*, banda de rock barcelonesa fundada en 1962. Hablar de este personaje merecería un libro entero para él solo por muchos motivos, pero, sobre todo, por ser un gran músico, un emprendedor con visión de futuro y un hombre de ambición rockera sin límites.

Acerca de *Los Salvajes*, Wikipedia dice:

“Este grupo está considerado como los Rolling Stone españoles.

Crearon el grupo Gaby Alegret (voz), Andy González (guitarra solista), Francisco Miralles (guitarra rítmica), Sebastián Sospedra (bajo) y Delfín Fernández (batería). En 1966 se produjo un relevo con Julián Moreno como guitarra rítmica, que junto con Andy Gonzalez compusieron varios temas propios colaborando en algunas letras el popular locutor Luis Arridas Castro, tales como "Las ovejitas", "Vivir sin ti", "Rosa de papel ", etc. publicados por EMI-Odeon S.A. En este mismo año sacaron a la luz su

canción más exitosa y famosa, "Soy así". También versionaron "Paint It, Black" de la citada banda británica, creando el conocido tema "Todo negro". El grupo español M Clan les rindió homenaje a ambos tocando "Todo negro" en su álbum Sin enchufe. De igual manera, Los Salvajes versionaron "My Generation", de los también ingleses The Who. El servicio militar obligatorio obliga a poner fin a la primera etapa de la banda en 1970.

Play Sound, la empresa de *management* de Gaby, ya se había arriesgado a traer a Barcelona los primeros artistas europeos del mundo del *heavy rock*, que en aquellos momentos vivía la explosión de las grandes bandas británicas y alemanas. Cuando le dejaban, Gaby ponía de teloneros a los *Tigres*, aunque siempre ha sido costumbre entre las bandas *guiris* putear al máximo a los teloneros, sobre todo cuando no eran de la agencia del *manager* del cabeza de cartel. Un mal hábito que aquí aprendimos pronto, cuando se montaba un concierto con grupos del país... Como los extranjeros, ¡a putear al pobre telonero! Los grupos pioneros de aquí pagaron un peaje muy alto.

Gaby y Willy habían trabajado alguna vez juntos: el primero organizaba *bolos* y el otro se encargaba de la seguridad. Todo iba bien entre ellos y *Tigres* se beneficiaba de esa colaboración. Sin embargo, Willy no conocía el objetivo oculto de Gaby: buscaba un garito o discoteca para convertirlo en sala de conciertos, *pub* y discoteca, y que de paso se utilizara para cualquier tipo de evento relacionado con el mundo del *heavy rock*, como charlas, presentaciones de discos, fiestas, entregas de premios, etc.

Pedro ya me había advertido del proyecto de Gaby, y de que una vez localizado el local pasaría al ataque. No transcurrió mucho tiempo hasta que el líder de *Los Salvajes* encontró una discoteca.

BARNA HEAVY

<http://youtu.be/OZy87Mas8us>

La verdad es que no entendía nada de nada. Por la noche, con la sala a petar, los *Tokio Blade* hicieron un buen concierto; más tarde, en los camerinos estuvieron súper amables, sobre todo si tenemos en cuenta que nuestro inglés era como el de la mayoría de los presidentes del gobierno de España... Vamos, las cuatro chorradas tópicas y típicas, tipo “*fucking great, great, veryguel*” y chorradas similares. Nos firmaron los discos y para finalizar, cuando ya lo tenían todo recogido en el autocar, el *road manager* –sí, el mismo que me amargó la tarde– se me acercó para regalarme una camiseta y darme la mano, despidiéndose muy amablemente:

–*See You in the future.*

Le agradecí el gesto con una sonrisa y un buen apretón de manos, además de aceptarle el regalo, cómo no.

Aquella madrugada, acostado ya en mi cama, me vinieron a la mente todas las escenas vividas aquel día y en mi hoja de ruta quedaron resueltas algunas preguntas para las que antes no tenía respuesta. Este mundillo del *rock* no era tan bonito como parecía, por fin había descubierto la miseria de los *managers*, *road managers*, *roadies* y músicos, y de los que los contratan.

También es cierto que aquella noche hubo una pregunta sin respuesta, que me tuvo varios días intrigado: ¿realmente estuvieron Mohamed y sus colegas en la sala? ¿Tal vez lo soñé? Y si estaban, ¿por dónde salieron?

Metal triunfó rotundamente, fue como un tiro en la cabeza de la peña, la programación era equilibrada y con buena representación de los mejores grupos del país y secundarios extranjeros. No tenía competencia como sala de conciertos. Los grupos catalanes generalmente actuaban los viernes por la noche y las bandas españolas los fines de

basca fue la que movió el evento, creo que serían unos 3.000. (...) *Zeus* dentro de su veteranía (...) “*11 bis* con tema dedicado al festival (...) *Snuffo*, muy locos y disgustados por lo que fuera, y *Attack*(...) *Muro*, muy esperados y rindieron lo suyo (...) *Ángeles del Infierno*, también salieron a tope de condiciones y ganas, el Robert cada día está más *crazy* (...) Fortu súper blanco... ¿Pero qué pasa? Un accidente, torso vendado, ¿podrás actuar? ¡Vaya si lo hizo! Profesional como la copa de un pino (...) *Ñu* tuvieron ocasión de presentar su nueva grabación, gustó cantidad molina (...) *Bruque*, con un himno a la antiviolencia muy acorde con lo que se celebraba, la banda muy *heavy metal*, se está engrasando a tope, para que el LP que están grabando suene potente y convincente.”

Félix Flores escribió en *La Vanguardia*:

“El gran concierto reivindicativo celebrado en el Palau d'Esports se desarrolló sin incidentes y con menos público del esperado

El "heavy", pacífico pero duro de vivir

La noche "heavy" en el Palau d'Esports consiguió su objetivo de reivindicar el carácter no violento del rock duro, pero sin lograr toda la asistencia de público que se esperaba, por su carácter de macro concierto de cinco horas de duración, a cargo de diez conjuntos españoles.

Eran cinco horas de "heavy metal" a cargo de nada menos que diez grupos, entre "promesas", asentados y casi históricos del sonido duro nacional. Los debutantes: *Attack*, *Once Bis*, *Snuffo* y *Vip*. Los consagrados: *Ñú* y *Obús*, y en la fase intermedia: *Muro*, *Zeus*, *Ángeles del Infierno* y *Bruque*, formación que responde al nombre de un veterano bajista que actuó como gestor de la iniciativa "El heavy no es violencia" con el Àrea de Joventut. Objetivo: demostrar que este género musical no es el directo responsable de desgraciados incidentes como los producidos el pasado año en Badalona y Madrid (apuñalamiento de un muchacho por un soldado norteamericano) en los conciertos de *Scorpions*.

A pesar de que la oferta no era manca, faltó público, y se notó. De todas formas, en una noche tan larga podría haber ocurrido –si diéramos la razón a los detractores del "heavy"– cualquier cosa. No fue así. Los efectivos de la

El precio de tu piel

<http://youtu.be/V77k8UfkEX4> 1043

A tiempo

<http://youtu.be/kn6l3Y2ywOU> 1106

9-RAINBOW

El organigrama era el mismo que el de *Metal*, lo único que cambiaba era la seguridad. Willy y su grupo de bigardos sustituía a la *pasma*. Los camareros y demás personal también eran otras personas.

Rainbow era el nombre de la nueva aventura y así empezaría a rodar. La volvimos a liar, *petamos* el local de gente, el éxito fue rotundo. Desde mi tribuna de pinchadiscos pude vivir un clímax que no sé bien cómo describir; era una sensación plena de emoción y placer, supongo que me entenderás cuando diga que estuve cerca de experimentar la misma exaltación que siente un músico cuando actúa delante de tanta gente...

Sí, no es lo mismo evidentemente. Un músico crea y comparte, yo lo único que hacía era poner discos de esta u otra banda para que la gente se lo pasara bien, pero me sentía arrebatado por la emoción que las notas transmitían. A diferencia de un concierto en el que participas bailando o cantando, el placer del *disc-jockey* es peculiar, porque tienes una visión especial del verdadero protagonista, que es el público, y os aseguro que no tiene precio ver a la *peña* desmadrada haciendo aquellas performances que simulaban el punteo de una guitarra, moviendo las greñas arriba y abajo como poseídos gracias a tu elección. Os aseguro que es una experiencia alucinante, y muy gratificadora.

Willy, siempre ojo avizor de cualquier ganancia, decía que la experiencia sí tenía un precio, pues se trataba simplemente de hacer unas guitarras de cartón y alquilarlas o venderlas. Yo le sugerí que también podríamos alquilar o vender baquetas. Imagínate

Yo seguí en la radio con mi programa y empecé a colaborar mensualmente en el *Heavy Rock*. También iba de invitado a otros programas de radio, como el del gran Jesús Pérez, "Los 60 duros" de Radio Cerdanyola; también a Radio L'Hospitalet y a Radio Cornellà, donde estaba Paco Jiménez.

Aquel tío tan pesado. Josep, siguió llamándome tras el cierre de *Rainbow* e insistía en que fuera a verlos tocar.

“Ahora no tienes excusa –me decía–, sube un sábado y yo te prometo que si no te gusta no te agobiare más.

Dicho y hecho. Un sábado después de comer, tras acompañar a mi mujer al trabajo, enfilé la carretera en dirección a Argenton. Nos habíamos citado a la entrada del pueblo, junto al campo de fútbol y allí estaban, efectivamente, tres jóvenes peludos: uno era Josep (el pesado) y los otros dos Miki y Jordi. Los seguí con mi R5 TS poco rato, pues apenas tardamos en llegar al local de ensayo, que estaba en una casa típica del pueblo. Por una escalera fuimos a parar a la buhardilla, donde los instrumentos compartían espacio con los frutos de la tierra, que estaban secándose tendidos encima de borrajas; al fondo de la buhardilla había un balcón que daba a una terraza muy grande.

Allí esperaban el resto de los peludos, Xevi y Claudio, ¿y también había un personaje de lo más curioso, que se identificaba como hijo bastardo de Salvador Dalí (??). Fueron él y Josep quienes rompieron la frialdad y la distancia iniciales.

Las caras de todos aquellos jóvenes lobos cubiertos con pieles de cordero mostraban una mezcla de nerviosismo y ganas de agradar.

Ellos no conocían mis intenciones, que eran cumplir con educación y *pirarme* lo más rápido posible hacia Barcelona. Pero aquellos cabrones eran tan buenos que ese día nos hicimos amigos para siempre. No sé si fue por la cantidad de *petardos* que se fumaron o por la predisposición a agradarnos, pero ese mismo día se puso en marcha una nueva faceta de mi vida, que yo no me había planteado nunca: ejercer como *manager*. De hecho, la palabra *manager* no fue la idónea ni en ese momento ni después.

